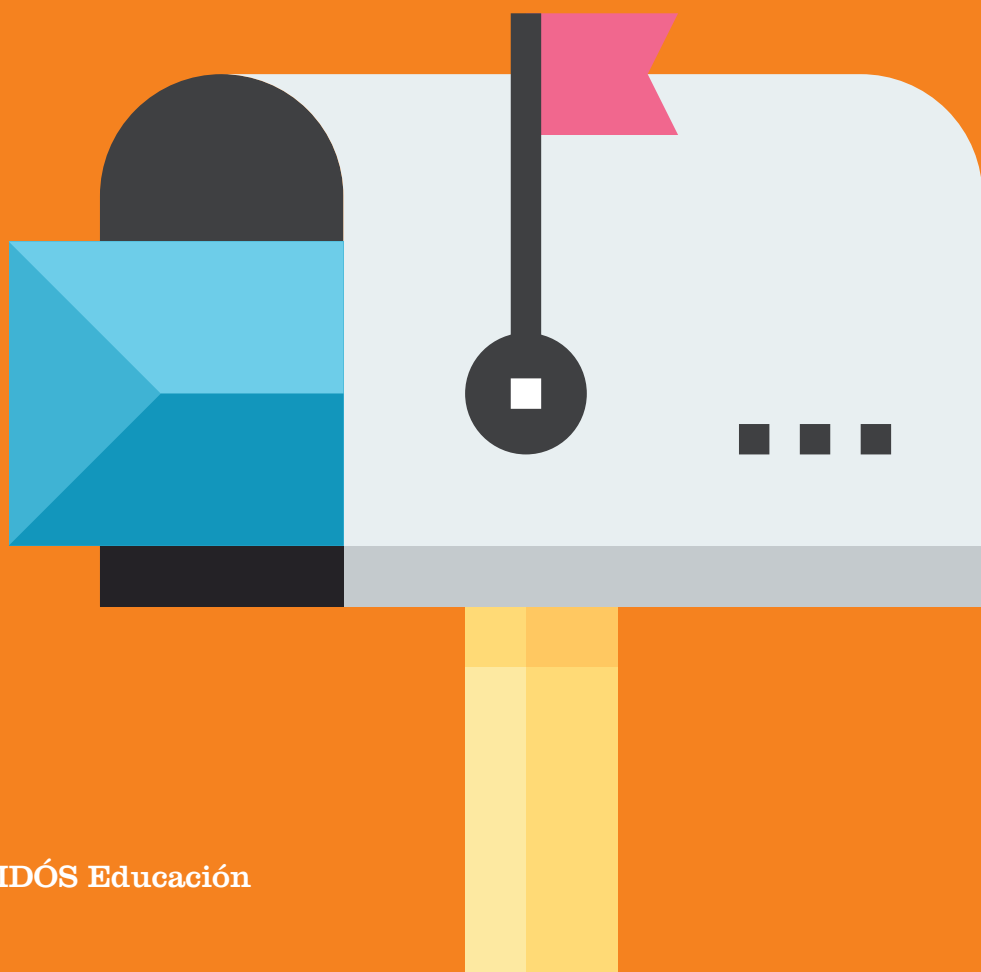


Jaume Cela y Juli Palou

Carta a los nuevos maestros



**Jaume Cela
Juli Palou**

Carta a los nuevos maestros

PAIDÓS Educación

Título original: *Va de mestres. Carta als Mestres que comencen*, de Jaume Cella y Juli Palou
Publicado originalmente en catalán, en 2004, por la Associació de Mestres Rosa Sensat, Barcelona.

Traducción de Cristina Ballesteros Gómez

1.ª edición, febrero de 2005

1.ª edición en esta presentación, noviembre de 2017

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 95 272 04 47

© Jaume Cella Ollé y Juli Palou Sangrà, 2004, 2017
© de la traducción, Cristina Ballesteros Gómez, 2005
© de todas las ediciones en castellano,
Espasa Libros, S. L. U., 2005, 2017
Avda. Diagonal, 662-664. 08054 Barcelona, España
Paidós es un sello editorial de Espasa Libros, S. L. U.
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-495-5594-1

Fotocomposición: Fotocomposición gama, sl

Depósito legal: B. 25.945-2017

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico

Impreso en España – *Printed in Spain*

SUMARIO

Prólogo	11
Prólogo a la nueva edición	15
No puedo saber qué tiene: puedo saber qué no tiene	19
No puede ser maestro quien... ..	22
¿Vocación o profesión?	24
Acudir a la llamada del otro	27
No tengas miedo de tener miedo	30
La educación como acto de acogida.....	33
Acoger	36
<i>Ça commence aujourd'hui</i>	39
Cada uno debe desempeñar su papel	41
De cómo podría ser el infierno de un mal maestro	44
Vocación y profesión	47
Saber que sabemos poco..., pero saber también que podemos aprender	50
Los peligros de la especialización	53
Sobre el síndrome del profesor <i>quemado</i>	56
¿Educar o instruir?	59
Tendremos que... o algunos de los retos que nos toca asumir	62
Maestros indicadores de faros	65
Alentar	68
No hay «línea» de escuela, hay «volumen» de escuela	71
El diálogo necesario	74

En el claustro pintan bastos	77
Alguna matización al diálogo: la informalidad y el silencio	80
Música constante	85
Vivir el trabajo sin inhibición	86
Sólo los dictadores no aceptan la crítica	89
Nos lo ha explicado	92
Confianza y esperanza	95
La necesidad de la risa	97
Educar es asimétrico y comprometido	100
De la cultura a las culturas	103
Café para todos	106
Ordenadores en el aula... y un buen regazo	109
Hemos sobreacelerado el tiempo y llenamos agendas	112
Juego	115
Dos preguntas fundamentales: qué enseñamos y por qué lo hacemos	118
Un taburete de tres patas: una, la inteligencia	121
La otra, la bondad	124
La otra, la felicidad	127
Un apéndice a la felicidad	130
No podemos limitarnos a formar «magníficos desocupados», pero... ..	133
La televisión, ¿un instrumento perverso?	136
La familia, una institución a régimen	139
¿Dimiten las familias?	142
Escila y Caribdis	145
La escuela no es <i>Lourdes</i> ..., pero a veces lo parece	148
¡Válgame Dios!	151
En otro tiempo se iba a la escuela a pasar la lección	154
Para un buen gobierno de los maestros	157
La prueba del algodón para descubrir si gobierna un pensamiento de derechas	160
Por una sociedad decente	163
Un final sin punto	166

NO PUEDO SABER QUÉ TIENE: PUEDO SABER QUÉ NO TIENE

En la universidad siempre se acostumbra a hablar de aulas y de alumnos, en términos generales. Cuando nos acercamos a la escuela, los espacios y los rostros se personalizan; entonces nos encontramos delante de un aula concreta, grande o pequeña, con libros o sin ellos, con murales colgados en las paredes o con un corcho perdido, con las mesas y las sillas dispuestas de manera estratégica o con las clásicas filas de mesas y sillas orientadas siempre y para siempre hacia la pizarra muda. En la clase no hay alumnos. En la clase hay voces y miradas.

Con frecuencia, en las clases de la universidad se pasa de puntillas por una realidad tan obvia como es el hecho de que en el aula los niños se mueven, charlan, colaboran poco, se muestran preocupados y, a menudo, hacen lo imposible para dejar en vía muerta las buenas intenciones iniciales del maestro. Este desfase entre la realidad imaginada y la realidad real puede provocar un sentimiento de fracaso personal, puede abrir una grieta que de manera impune y atrevida muestre los abismos de la desesperación. Es en este momento cuando acostumbra a surgir la pregunta clave: ¿qué puedo hacer?

Ahora quedaría muy bien afirmar que esta pregunta no tiene respuesta. Podríamos dejarlo aquí y citar como argumentos de autoridad las reflexiones de sesudos filósofos y pedagogos. Pero, francamente, no creemos que ésta sea de momento la mejor manera de proceder. Por eso, preferimos declarar que no

tenemos recetas que expliquen cómo se ha de actuar, pero también queremos dejar claro que sabemos muy bien cómo no se ha de actuar.

Nos pasa en cierta manera como a la cocinera de *Deliciosa Martha*, una película que recomendamos a menudo porque es un placer dejarse envolver por la atmósfera de una cocina llena de colores, de humos, de platos con comidas exquisitas que se mueven de un lado para otro conducidos por las notas de una pieza clásica de Keith Jarrett; una película que también recomendamos para entender hasta qué punto un pequeño gesto cotidiano, como es ponerse un delantal, puede convertirse en un acto lleno de magia y simbolismo; la recomendamos al hablar de educación por la última frase que pronuncia Martha, la cocinera.

Martha es, tal vez, la mejor cocinera de la ciudad. Vive entregada a su trabajo y no deja que ninguna de sus recetas se le escape de las manos. A la gente le ha de gustar la comida tal como ella la guisa, sencillamente porque ella es perfecta ante los fogones. Un día su hermana tiene un accidente y la vida le da un vuelco (no entramos aquí en más detalles para no fastidiar la perspicacia de los buenos espectadores). El caso es que Martha va regularmente al psicólogo. Al inicio de la película, éste conduce la sesión con más o menos éxito, pero la situación se modifica y al final de la película nos damos cuenta de que es él quien ha quedado completamente seducido por las artes culinarias de Martha. Por fin, el psicólogo se atreve a hacer un pastel y a pasar la criba del exigente paladar de Martha. El resultado es el siguiente: el pastel es bueno pero no excelente. ¿Por qué? Él confiesa que lo ha hecho siguiendo su receta punto por punto. Bueno, no exactamente: ha cambiado el tipo de azúcar. Cuando ella muestra cierto recelo a la hora de valorar el resultado, el psicólogo se exaspera y se hace cruces de que Martha pueda detectar incluso el azúcar que ha utilizado. Así que le pregunta: «¿No me dirá que sabe incluso qué azúcar le he puesto?». Ella le responde: «No puedo saber qué azúcar tiene, pero puedo saber qué azúcar no tiene».

Los educadores, a diferencia de Martha, no disponemos de la receta exacta. Pero, al igual que Martha, ignoramos cuáles son los ingredientes que necesita cada acto educativo, aunque sabemos muy bien qué es lo que nunca puede faltar.

NO PUEDE SER MAESTRO QUIEN...

No sabemos qué cualidades debe reunir una persona para ejercer como maestro; en cambio, sabemos muy bien qué conductas no deben regir su comportamiento. Se trata de cuestiones que se sitúan fuera de cualquier debate, porque no se puede someter a la lógica de la razón lo que pertenece a territorios más sutiles de la condición humana:

- No puede ser maestro quien crea en la superioridad de unos sobre otros por razón de raza, de sexo, de condición social...
- No puede ser maestro quien no se sienta responsable de los niños que llegan a la escuela.
- No puede ser maestro quien no confíe en las capacidades de cada individuo.
- No puede ser maestro quien no crea en la necesidad de un futuro más justo, más decente.
- No puede ser maestro quien ante situaciones conflictivas no conciba otra alternativa que la exclusión.

Los argumentos no son la mejor manera de defender estos puntos exigibles a los futuros maestros. Para fundamentarlos nos tenemos que remitir a experiencias concretas; por eso os recomendamos ver la película *Ça commence aujourd'hui*, para aprender de nuevo que la escuela amortigua la crueldad del mun-

do, pero no la evita, para volver a pensar en el sentido de las palabras finales, cuando el maestro declara:

Hay cosas que no se destruirán nunca. Están en la carne. Hablan. Están en la tierra. Una gran cantidad de piedras apiladas una a una por las manos del abuelo, del padre. Toda su paciencia acumulada resistió la lluvia, el horizonte, haciendo pequeñas pilas de noche para retener la luz de la luna, para enderezarse, para inventarse montañas y jugar con el trineo y creer que alcanzas las estrellas. Esto es lo que explicaremos a nuestros hijos, les diremos que fue duro, pero que nuestros padres fueron unos señores y que esto es lo que hemos heredado de ellos: una gran cantidad de piedras y el coraje para apilarlas.

La labor del maestro es una cuestión de ética. La labor del maestro es una cuestión de arte. Una gran científica que a la vez era una gran maestra —hablamos de Angeleta Ferrer— aseguraba que el trabajo del maestro tiene más que ver con el arte que con la ciencia, por más que la ciencia sea muy necesaria, como vamos a ir viendo.

¿VOCACIÓN O PROFESIÓN?

Nuestro trabajo es vocacional. Ya ves que no nos da miedo utilizar una palabra que suele tener una carga negativa muy fuerte, una carga negativa que nos provoca más de una sorpresa. Por ejemplo, un día oímos decir a un escritor que podía distinguir perfectamente a un editor vocacional de otro que sólo publica libros porque toca. La diferencia —según el escritor— está en la manifestación de amor por el oficio bien hecho. Este carácter vocacional es en este caso un punto positivo. En cambio, si decimos que nuestro trabajo es vocacional, a menudo hemos de aguantar la mirada burlona del interlocutor o escuchar una réplica como la siguiente: déjate de misticismos, lo que tiene que ser el maestro es un buen profesional. Ya ves, algunas palabras nos dan miedo.

Si seguimos el camino de la etimología, constatamos que la palabra *vocación* nos conduce hasta el término latino *vocatio*, *-oasis*, es decir, a la idea de llamada, de demanda. El maestro ha de ser capaz de escuchar esta llamada del otro, del que llega al mundo y necesita referentes para orientarse. Es esta idea la que nos lleva a afirmar sin ninguna duda que la profesión de maestro es, de entrada, vocacional, porque cualquier trabajo que se fundamente en la atención de las necesidades de los demás es vocacional. Los educadores atendemos la llamada que nos hacen nuestros alumnos. Nos dicen: «Eh, maestro, que para construir mi humanidad —porque en última instancia éste es el reto— ne-

«necesito tu compañía, necesito tu ayuda». Más adelante descubrirás que los maestros necesitamos a los alumnos más que ellos a nosotros, porque somos humanos y también estamos en fase de continua construcción.

La relación que establecemos con nuestros alumnos no es recíproca. No lo es precisamente porque nosotros somos responsables de ellos. La existencia de nuestra función se justifica por su presencia y por la presencia de sus necesidades, de la misma manera que el médico encuentra su razón de ser en la existencia del enfermo. Y fíjate que decimos en la existencia *del enfermo*, no de la enfermedad. Intentaremos justificar la elección de nuestras palabras. La enfermedad es una abstracción como lo son el médico y el enfermo considerados de manera genérica. Existe un Juan enfermo, con su rostro, su historia, su manera personalísima de vivir su enfermedad. Y existe Cristina, una médico que también tiene un rostro, una historia y una manera personalísima de acercarse al enfermo y de interpretar la ciencia médica.

En la escuela encontrarás a Rosa, aquella niña de ojos oscuros, bastante alta para su edad, con los cabellos cortos, a lo *garçon*, como se dice en el mundo de la peluquería, con una historia muy concreta que nunca conocerás del todo, a la que le cuestan las ciencias sociales pero que, en cambio, es muy buena en música y matemáticas, quizá porque estas dos materias del currículum tienen muchos aspectos en común. Recordarás un montón de cosas de Rosa: aquel día en que se puso a reír en mitad de tu explicación sin poder parar y tuviste que invitarla a salir de la clase durante un ratito para ver si se tranquilizaba; después saliste al pasillo y le preguntaste por los motivos de su hilaridad contagiosa, pero ella no te los quiso contar. Y también recordarás el día en que, después de una larga explicación tuya, te miró con unos ojos como platos y dijo: «Ahora lo entiendo». Y te pareció que la luz que inundaba la clase al mediodía era nueva, como recién estrenada. Y habrás olvidado muchas cosas que duermen en el plácido pozo de la memoria, porque recordar y olvidar son las dos caras de una misma moneda.

Y es esta Rosa concreta la que te llama y te dice: «Te necesito». Y es a esta Rosa a quien tú alargarás la mano y ayudarás a avanzar —ésta es la grandeza de nuestro trabajo— al tiempo que tú avanzarás con ella.

ACUDIR A LA LLAMADA DEL OTRO

Los griegos se referían a los niños con el término de «los nuevos». Cada nueva generación de «nuevos» ha de crear su espacio en un mundo ya viejo. Pero este tránsito de un mundo al otro, del mundo ya construido al que aún lleva el papel de celofán, no se puede hacer a tientas. De la necesidad de conectar con sentido estos dos mundos surge la tarea de educar. El pedagogo Philippe Meirieu ejemplifica muy bien esta idea a partir de dos relatos importantes.

El primero es *Frankenstein*. Recuerda que éste es el nombre del protagonista de la historia escrita por Mary Shelley durante una noche tenebrosa, una obra cuyo título completo es *Frankenstein o el moderno Prometeo*. La autora relata las peripecias de un médico que en plena época romántica, cuando los hombres querían emular el poder de los dioses, creó un personaje uniendo los despojos de unos cuantos cadáveres y consiguió insuflarle vida. La criatura —que el cine ha hecho famosa en la imagen de Boris Karloff— va aprendiendo algunas cosas a lo largo de su vida, pero llega un momento en que reclama a su hacedor que le cree una mujer porque necesita compañía. El doctor Frankenstein tiene miedo y no recoge la demanda de su obra, de su criatura. En pocas palabras: abdica a la hora de ejercer la función educadora, que no es otra que atender la llamada de la persona que ha creado. Introduce a la criatura en el mundo y no la acompaña en el descubrimiento de este mundo. El final de la historia

es terrible: como se decía antes en el mundo del teatro, muere hasta el apuntador.

El otro personaje pertenece a la novela *Las aventuras de Pinocho*, de Carlo Collodi. Recordemos un poco. Pinocho es un muñeco de madera. Es un tarambana que no hace una a derechas. Un muñeco travieso que cae en todas las tentaciones y en todos los peligros sin sacar de ellos ninguna enseñanza. Lleva de cabeza a su creador, un pobre viejo que responde al nombre de Geppetto. La naturaleza de madera del muñeco no le impide tener deseos y anhelos. Tiene uno muy destacado: convertirse en un ser humano. Quiere cambiar la madera por la carne, por el hueso, por la sangre y por el nervio. Este deseo sólo puede ser concedido por el hada, no por su creador, pero el hada no quiere arriesgarse porque Pinocho es un zascandil de mucho cuidado. Ahora bien, después de pasar toda clase de peripecias, al final de la obra el muñeco de madera se muestra capaz de asumir riesgos para salvar a su creador. Ésta es la situación: Geppetto ve naufragar su barquita y un horrible tiburón se lo come como si fuera un macarrón. Pinocho lo va a buscar y, cuando consigue reunirse con él, ambos mantienen este diálogo:

—Tenemos que escapar por la boca del tiburón y echarnos al mar.

—Dices bien, Pinocho, pero no sé nadar.

—¿Y qué? Te subes a hombros y yo, que soy muy buen nadador, te llevaré sano y salvo hasta la playa.

—¡Ilusiones, hijo mío! —replicó Geppetto sacudiendo la cabeza y sonriendo melancólico—. ¿Te parece posible que un títere, que no llega a un metro de altura, pueda tener fuerza suficiente para llevarme aupado nadando?

—¡Pruébalo y verás! De todas maneras, si está escrito en el cielo que hemos de morir, al menos nos quedará el consuelo de morir abrazados.

Y, sin decir nada más, Pinocho cogió la vela, avanzó en cabeza para alumbrar y dijo a su padre:

—Sígueme y no tengas miedo.

Pinocho, por fin, es capaz de hacerse cargo del otro. En ese momento el hada le concede el don de la humanidad: el gesto del títere se convierte en el gesto del hombre. La actitud de Pinocho es un buen referente para definir la función educativa. El doctor Frankenstein mira hacia otro lado cuando su criatura le reclama. Pinocho, en cambio, es capaz de pronunciar unas palabras que pueden ser un buen punto de referencia para los maestros: «Sígueme y no tengas miedo». O, aún mejor: «Ponte a mi lado y no tengas miedo».

NO TENGAS MIEDO DE TENER MIEDO

Un día tendrás el título en tus manos. Oficialmente serás maestro. Quizás ese día tengas que esforzarte para que el papeleo oficial no te seduzca. Cuando llegue la ocasión, escucha la vocecita que desde algún rincón de tu interior te dirá, llena de razón y de ternura, que con el título en la mano lo único que se inicia es un camino lleno de incertezas. Pero no tengas miedo, o, mejor dicho, no dejes que tu miedo impida que los otros confíen en ti.

No se trata de ser el maestro más inteligente, ni el más simpático, ni siquiera se trata de pretender estar a la vanguardia de la innovación educativa. Se trata, sencillamente, de aprender a hacer tres acciones muy concretas: comprobar que los niños lleven el desayuno y la ropa necesaria cuando lleguen a la escuela, intuir si necesitan un beso en la mejilla y despertar su interés hacia las cosas de nuestro mundo. Hay que llevar a cabo estas tres acciones y después actuar en consecuencia, es decir, alimentarlos y vestirlos cuando convenga, hacerles las carantoñas que necesiten y hablarles con claridad de lo que vale la pena que aprendan. Nada más. Por traviosos que sean, si perseveras en estas tres acciones, seguro que te convertirás en un maestro en quien podrán confiar. Y debes tener claro que los maestros que generan confianza son los que nunca se olvidan.

Más adelante podrás constatar que no hay experiencia más apasionante que recibir la visita de un ex alumno. Es apasionante, sobre todo, por su gratuidad. La visita llega, a menudo, sin

anunciarse. Buena señal, porque el ex alumno ha podido intuir, a lo largo de años de convivencia, que tu tiempo es para él. No podrás evitar el abismo del paso del tiempo, aquella sensación íntima que te hace sentir más viejo y, si eres generoso contigo mismo, más rico en todo. El visitante llega, se sienta a tu lado, te mira y te dice que estás igual, que no has cambiado. Tú sabes que no es verdad, pero es una bonita manera de comenzar una conversación. Tras las primeras palabras, el recuerdo lo va iluminando todo. Constarás un hecho muy curioso: detalles insignificantes, acciones que no tenían en el momento de su ejecución ninguna intención —posiblemente tú las habrás olvidado—, han dejado huella en aquel chico o chica que se sienta frente a ti y, por el contrario, momentos que tienen un relieve especial en tu memoria serán opacos para tu visitante.

Se recuerdan momentos de alegría. Quizá te eche en cara aquel día en que le castigaste injustamente, pero será una queja muy dulce, acompañada de una sonrisa de oreja a oreja y salpicada con momentos en los que todo iba muy bien. Repasaréis los nombres de los chicos y chicas del curso y serás consciente, ya lo hemos dicho, de la relación que hay entre el recuerdo y el olvido. Te llenará de gozo comprobar que sabe mucho más que tú de muchos temas y, si las cosas no le van como tú quisieras que le fueran, observarás que dentro de ti va creciendo un malestar muy oscuro que llena tu estómago. Entonces desearás que la época escolar, que el recuerdo de aquellos días de «esplendor en la hierba y de la gloria en las flores» le ayude a superar el mal trago que está viviendo. En pocas palabras, que sea como el París de los amantes de *Casablanca*.

Al final, cuando te haya confiado sus proyectos y se haya interesado por todo lo que estás haciendo, te darás cuenta de que una parte de su bondad, de su inteligencia y de su felicidad te la debe a ti. Y, sobre todo, que una parte de tu bondad, de tu inteligencia, de tu felicidad se la debes a todos los niños y niñas, a todos los chicos y chicas con los que has estado.

Perdona estas palabras cargadas de lirismo. Palabras que, a buen seguro, serán tachadas de romanticismo caduco por aque-

llos que no tienen claro el sentido vocacional de su trabajo, pero nos parece fundamental ayudarte a que veas que en nuestro trabajo la ilusión y el optimismo son imprescindibles. Por eso tenemos que tener presente que los frutos los recogeremos posteriormente y que no siempre seremos llamados a la fiesta de la siembra.

Moisés se quedó a las puertas de la tierra prometida por un pecado insignificante que cometió ante un Dios inmisericorde. Nosotros nos quedamos, muy a menudo, en el *aquí* del paraíso y tenemos que aprender a hacer de cada aquí y de cada momento el paraíso en el que queremos instalarnos.

LA EDUCACIÓN COMO ACTO DE ACOGIDA

Los niños y las niñas han de tener la seguridad —emocional y racional— de que la escuela los acoge, de que sus maestros sienten interés por ellos y de que comparten sus anhelos y necesidades. Y de que son queridos. A los niños y niñas que llegan a la escuela les pasa como a Gulliver cuando se traslada del país de los enanos al de los gigantes y se siente angustiosamente extraño, porque descubre una nueva dimensión del mundo y todo lo que le rodea le hace sentir diferente. El equipo de maestros ha de conseguir que este tránsito se viva con las máximas cotas de seguridad. Ha de procurar convertir el miedo inicial en ansia de descubrimiento. Cada pequeño Gulliver que viaja hacia la escuela ha de sentir que las diferentes personas que irrumpen en su presente le invitan a conocer un mundo nuevo, a aprender las palabras que le permitan hablar, desde este nuevo mundo, sobre todos los mundos que pueda llegar a conocer o a imaginar.

Nuestra tradición cultural —procedente, sobre todo, del mundo grecorromano y judeocristiano— ha hecho de la acogida uno de sus ejes centrales. Del mundo grecorromano recordamos el mito de Filemón y Baucis, la pareja de ancianos que acogen a Zeus, padre de los dioses, sin saber que lo es. Zeus les premia concediéndoles el deseo más profundo que tengan. La pareja escoge que en el momento de morir se conviertan en dos árboles con las ramas entrelazadas para siempre. Ellos acogen al desconocido y reciben la recompensa para toda la eternidad.

De la Biblia recordamos el libro de Rut, la joven extranjera que, tras perder a su marido, decide quedarse junto a su suegra. El texto es bellissimo y te lo transcribimos para que lo vayas saboreando:

No insistas en que te deje y me vaya lejos de ti; donde vayas tú, iré yo; donde mores tú, moraré yo; tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios; donde mueras tú, allí moriré y seré sepultada yo. Que Yavé haga esto y aun añada si no es la muerte la que nos separe a ti y a mí.

Este fragmento acaba con una demanda terrible: quiere que sólo la muerte las pueda separar y pide que, si las separase alguna otra cosa, el Señor le cause todo tipo de males; y a fe que el Señor puede ser un dios temible, como se demuestra en muchos otros relatos. Pero, para tu tranquilidad, Rut rehará su vida llena de cosas buenas y placenteras. Una buena recompensa, también, para una acción justa y necesaria.

Sabemos que nos estás reprochando algo: que nuestra tradición cultural, desgraciadamente, también está plagada de momentos terribles. Sí, también disponemos de relatos y de realidades que nos muestran que el otro no sólo no es acogido, sino que es vivido como un enemigo, como un invasor, y que la única respuesta a su irrupción es destruirlo. Lo único que podemos añadir ante este reproche es que el ser humano es fruto de la bondad y de la maldad. Somos el doctor Jekyll y mister Hyde, como nos demuestra el relato de Stevenson; y también, como mantiene Sartre: «El infierno son los otros». Ahora bien, como proclama Calvino, en nuestras manos está reducir este infierno a su mínima expresión.

Además de suprimir al otro de manera brutal, tenemos formas de rechazo más sutiles. Por ejemplo, podemos perder de vista la idea de que lo que es sustancial es el nombre, y no el adjetivo que utilizamos para diferenciar el nombre. Lo que es relevante es que sea «el niño», un niño concreto. Es igual que sea negro, alto o musulmán. En la escuela podemos dejar que el ad-

jetivo devore al nombre. Esto sucede cuando no tenemos a Pedro, sino a un adolescente gay al que sólo sabemos ver desde esa opción, tan restrictiva como cualquier otra. O no tenemos delante a Susana, sino a una niña llenita que se convierte en «la *gorda*» para todo el colectivo.

Ya ves que la escuela tiene una gran importancia en la cuestión de la acogida, de una acogida gratuita, sin otras compensaciones que el hecho de saber que hacemos lo que toca hacer y que, cuantas menos parcelas de la persona hagamos, mejor. La verdadera acogida sacude al que acoge, como pasa cuando se da una verdadera acción educativa. En este tipo de relaciones nadie sale indemne.

ACOGER

Existen dos películas que nos ayudan a entender qué quiere decir acoger al otro. Se trata de *Gruppo di famiglia in un interno*, de Luchino Visconti —que se estrenó en nuestro país con el título de *Confidencias*—, y *Sostiene Pereira*, de Roberto Faenza.

En la primera nos encontramos con un intelectual jubilado que vive en un palacio italiano apartado del mundanal ruido. Tiene una extensa biblioteca y una pinacoteca importante. Vive pendiente de estas joyas hasta que irrumpe en su casa una familia un poco estrambótica que le cambia la vida y, también, la jerarquía de valores. Este personaje —magistralmente interpretado por Burt Lancaster— ve que su tranquilidad queda reducida a la nada ante la presencia de los otros, sobre todo de un joven de oscuro pasado y extraña belleza. Por tanto, ha de tomar partido y lo toma a favor de ellos. Los acoge con todas las consecuencias y no pide nada a cambio.

Lo mismo le sucede al periodista Pereira —interpretado por Marcello Mastroianni—, que trabaja en un periódico y es responsable de las páginas culturales. Da empleo a un joven periodista comprometido en la lucha política clandestina. Pereira ayuda al joven y la represión le cae encima como una manta que intentase ahogarlo, pero él no renuncia a la acogida que le ha brindado y se la juega hasta el final.

Los dos personajes de estas películas aparecen encerrados en sus torres de marfil, desconectados del mundo real; pero de-

jan de ser los que eran y dejan de creer en lo que creían porque el acontecimiento de acoger al otro, de una acogida que no exige nada a cambio, los marca para siempre.

Una situación parecida, aunque afortunadamente menos dramática, vivimos en la escuela cuando nos encontramos a una criatura que nos coge la mano y nos dice: «¿Me ayudas?». De hecho, esta pregunta enmascara más o menos esta otra petición: «Tú, maestro, me has de acoger y me has de ayudar a entrar en el mundo». Éste es el sentido de nuestra tarea. Ya ves que es muy sencillo de escribir, pero ya debes de estar intuyendo que no es nada fácil llevarlo a la práctica.

Acogemos, pues, a la persona concreta, el rostro, la voz y la historia. Lo hacemos de manera gratuita y sin ningún tipo de discusión. Ahora bien, cuando se da una verdadera acogida, el que acoge no sale indemne de la relación que establece con el otro, sobre todo, como en el caso de la paternidad o del magisterio, cuando esa relación no es simétrica.

Acogemos e introducimos al mundo al recién llegado, aquel que no existía antes. Nos toca a nosotros enseñarle de qué manera nos hemos instalado aquí. Por eso, tenemos que mostrar el lenguaje que utilizamos para hablar de cómo son las cosas y de cómo intentamos dar respuesta a las cuestiones que nos ocupan en esta vida, es decir, a la convivencia con los otros, a los asuntos amorosos, y a la inevitable presencia de la muerte. Les enseñamos a usar la palabra para que puedan —como diría Lluís Duch— apalabrarse.

Los maestros actuamos como mediadores entre aquello que ya se ha dicho y los recién llegados, los que necesitan puntos de referencia porque en el momento de nacer son seres profundamente desvalidos. Nuestra autoridad emana precisamente del ligamen que establecemos entre lo viejo y lo nuevo. Fíjate bien que nuestra autoridad no proviene de una situación jerárquica, sino de la condición que tenemos como mediadores. Los maestros nos tenemos que hacer responsables de este mundo y traspasarlo a los que más adelante se harán cargo de él.

La escuela, no lo olvidemos, es la primera entrada en el mun-

do. Salen de la privacidad de casa para ir a un lugar donde necesitan aprender a hablar de todo lo que les rodea. A nosotros nos toca acogerlos, enseñarles cómo afrontamos la vida, y no para que nos imiten, sino para que puedan buscar con más criterio su propia manera de hacerlo. A nosotros nos toca enseñar las palabras y la manera de usarlas. Nuestra autoridad nos empuja a hacer el mejor regalo que se puede hacer: la condición humana.

Déjate acoger por el que acoges. Déjate acoger significa, sobre todo, permitir que su presencia te impregne a ti también, significa encontrarlo interesante y vivirlo como necesario para tu crecimiento.

ÇA COMMENCE AUJOURD'HUI

Ça commence aujourd'hui es el título de una película de Bertrand Tavernier que retrata la vida del director de una escuela francesa situada en una zona donde el paro y las escasas condiciones de vida hacen estragos entre la población. Ya hemos transcrito anteriormente la reflexión que hace el director cuando acaba la película. Va solo, conduciendo el coche por una carretera, y reflexiona precisamente sobre lo que acabamos de comentar: el ligamen que establecemos los maestros entre lo viejo y lo nuevo. Va pensando en la importancia del legado que hemos recibido y lo manifiesta con estas palabras: «... nuestros padres fueron unos señores y que esto es lo que hemos heredado de ellos: una gran cantidad de piedras y el coraje para apilarlas». Es cierto que hoy comienza todo, pero también es cierto que este inicio ha de conectar con el coraje que mostraron los que nos precedieron.

Ça commence aujourd'hui es un título que podemos emparentar con aquella sentencia que afirma que el niño es el padre del hombre y la niña, claro está, la madre de la mujer. Buena parte de lo que vayamos a ser se cuece en la primera edad. Por eso, si fuera posible que una etapa educativa recibiese más cuidados que las otras, ésta habría de ser la de los primeros años de la vida, cuando todo empieza e importa mucho que comience bien.

En esta película se explican muchas historias. Te resumiremos una muy dramática que es, quizás, el eje de todas las demás. Un matrimonio con dos hijos pequeños tiene muchas difi-

cultades económicas. El padre es camionero y la madre está en paro. Van tan justos que no les llega ni para pagar el recibo de la luz. Reciben ayudas sociales insuficientes y el maestro director de escuela, después de enfrentarse con los servicios sociales y con el alcalde comunista de la localidad, decide tirar por la calle de en medio y darles dinero de su bolsillo.

Pero aún hace más por esta familia. Un día invita al padre a que visite la escuela con el camión que conduce y le propone que se lo enseñe a los pequeños. Ya te imaginas que el objetivo que persigue el maestro director es aumentar el nivel de autoestima de la familia.

La escena es muy bella. Los niños y los maestros se reúnen alrededor de aquel hombre, que les enseña el funcionamiento de la grúa del camión. Mientras la grúa se eleva, descubrimos en las caras de los niños la maravilla. Descubrimos que en aquel preciso instante se dan cuenta del funcionamiento de una máquina extraordinaria, de una máquina que les llenará los sueños nocturnos. Pero sobre todo, la hija del camionero percibe que tiene un padre importante, porque sabe explicar con orgullo lo que es capaz de hacer. Es un momento que no olvidará nunca.

El final de la historia de esta familia es muy trágico. La madre mata a sus dos hijos y se suicida. El padre se queda solo. Una de las imágenes más duras de la película es ver la soledad del padre ante el nicho donde reposa su familia. En este momento tan triste, el maestro director también lo acompaña. Ya ves: este hombre ha hecho todo para ayudarles, pero no les ha salvado de nada. O de casi nada.

La diferencia entre nuestro trabajo y el de un campesino, por ejemplo, es que el campesino siembra y cosecha en unas épocas determinadas y sabe, además, qué va a cosechar. En nuestro trabajo también sembramos, pero no sabemos cuándo ni qué cosecharemos. Ahora bien, esta ignorancia, esta inseguridad, esta incerteza, no nos exime de sembrar tanto y tan bien como podemos, de seleccionar las semillas más beneficiosas, de preparar la tierra que las acogerá, de sembrar continuamente y, sobre todo, con las acciones más pequeñas y con los gestos más imperceptibles.